

una concepción del bien y de lo bueno que nos una con los otros, y que permita cortocircuitar el individualismo liberal, en beneficio del conjunto. Tarea nada fácil y que roza, en ocasiones, la utopía bienintencionada, como observa la autora, además de que la defensa de la comunidad tiene unos efectos conservadores y hasta cierto punto distorsionadores si deriva hacia el nacionalismo más radical.

El libro de Helena Béjar, en definitiva, incita a la reflexión profunda sobre los fundamentos intelectuales del republicanismo y sobre sus propuestas más actuales. Ha abordado, además, un asunto de gran actualidad en

sus derivaciones políticas, a través de la tan traída y llevada «tercera vía». El estudio termina con un Epílogo que si bien no añade nada nuevo al tema y a los argumentos centrales de esta obra, tiene la virtud de apuntar hacia el asunto que ha ocupado el cuarto libro de la profesora Béjar. Bajo el título de *El mal samaritano. El altruismo en tiempos de escepticismo*, ha abordado el asunto del asociacionismo y del voluntariado en las sociedades contemporáneas y la ha convertido en merecedora finalista del XXIX Premio Anagrama de Ensayo.

EVA VELASCO

Mónica Quijada, Carmen Bernand y Arnd Schneider,
Homogeneidad y Nación con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XIX,
Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2001.

La Argentina, al igual que otros países de América, ha sido tierra de diferencias. Poblaciones autóctonas diferentes entre sí y en distintos estadios evolutivos, inmigrantes de todos los continentes del mundo han hecho de esta región un peculiar laboratorio en el que evaluar la experiencia de la diversidad multi, pluri y transcultural. No obstante, las nuevas teorías sobre la multiculturalidad, tan en boga en el mundo anglosajón, no contemplan siquiera esta posibilidad. Los casos de estudio se ciñen, casi exclusivamente, al mundo anglosajón y a las experiencias

de los Estados Unidos y Canadá. Supongo que en buena medida esto obedece a dos razones profundamente imbricadas: una, en el ideal de la multiculturalidad, el horizonte de lo deseable está marcado por la preservación de las diferencias de los grupos culturales y étnicos. La teoría de la multiculturalidad parte de la premisa de que la diferencia es buena, o al menos, de que los individuos tienen derecho a mantener y conservar sus diferencias respecto de otros grupos humanos. Existe en el pensamiento anglosajón un cierto rechazo a la idea de la mezcla, del mestizaje,

derivada seguramente de su propia trayectoria histórica. En segundo lugar y no menos importante, el modelo de integración cultural seguido por los países latinoamericanos se ha visto como un ejemplo, no del todo exitoso, del modelo asimilacionista francés, que los nuevos tiempos han condenado a la crítica y al olvido.

La Argentina y América Latina cuentan con una importante historia de hibridación y transculturación entre los distintos grupos humanos que han habitado y habitan sus territorios. En efecto, no se trata de un modelo de convivencia colectiva en el que los diferentes grupos étnicos hayan mantenido inalteradas sus peculiaridades culturales. Antes bien, ha habido préstamos e influencias recíprocas. De cómo las élites argentinas y la naciente opinión pública de aquel país manejaron el problema de las diferencias culturales y étnicas a la hora de perfilar los contornos de la ciudadanía nacional es de lo que trata *Homogeneidad y nación con un estudio de caso: Argentina, siglo XIX y XX*, de Quijada, Bernard y Schneider. Y éste es su primer acierto: vincular un estudio de caso, como el argentino, a procesos de creciente actualidad. Existe una vasta experiencia histórica sobre los problemas y los aciertos que en otro momento histórico distintos gobiernos tuvieron que afrontar para generar ideales comunes que les permitieran funcionar como una entidad nacional.

En el siglo XIX, en el tránsito del orden colonial al nacional, los gobiernos argentinos debieron hacer frente a la diversidad cultural y étnica. Poblaciones autóctonas, descendientes de esclavos africanos, fueron algunos de los grupos con los que construir la ciudadanía. Pocas décadas más tarde se sumarían los inmigrantes, mayoritariamente europeos y mediterráneos. ¿Cómo construir una unidad política, económica, administrativa y cultural con componentes tan diferentes? Éste fue el reto que debieron asumir las élites argentinas y éste es, en buena medida, uno de los desafíos más rotundos que deben asumir hoy buena parte de los países desarrollados. Tradicionalmente se ha visto este proceso, en el caso argentino, como lineal y simple: la población indígena y la de origen africano fueron exterminadas por las élites blancas hasta su completa desaparición. El general Roca y la conquista del Desierto pueblan todavía hoy los manuales escolares argentinos y el imaginario colectivo de los ciudadanos de aquel país. Contra este mito, que convierte al indio en víctima pasiva y que, por tanto, le niega su capacidad para constituirse en sujeto histórico, arremete el excelente trabajo de la doctora Quijada, tercer capítulo del libro. Después de un impecable capítulo sobre el paradigma de la homogeneidad en el que la autora cuestiona algunas acepciones sobre la homogeneidad cultural,

se abre el tercer capítulo, *Indígenas: violencia, tierras y ciudadanía*; en él el indio aparece como sujeto histórico, como sujeto social y gracias a la incorporación del mismo en el relato de la doctora Quijada vemos el protagonismo de caciques como Calfucurá o de su hijo Namuncurá, que tuvieron en jaque y establecieron alianzas con las autoridades criollas. Esta ruptura con la forma tradicional de ver al indio en el discurso sobre la construcción nacional es de tal calado y está tan bien armada y argumentada en el trabajo que no puedo por menos que considerarla como el segundo gran acierto del libro.

Por el lado de la sociedad criolla, las cosas tampoco fueron sencillas. Bajo el interrogante ¿qué hacer con el indio? se intenta recomponer el recorrido ideológico que siguieron las élites criollas en su relación con la población nativa. Todo parece indicar que la opinión mayoritaria se inclinó por la integración del indígena en la propia sociedad. Para conseguirla se debía «anular la organización tribal de los aborígenes, borrar sus costumbres e incluso sus lenguas, escolarizar a sus hijos y convertirlos, en general, en trabajadores productivos, como precio ineludible para concederles derechos de ciudadanos. Se trataba, pues, de integrar al indio, no de exterminarlo y de hacerlo a través de la educación, el trabajo —la concesión de tierras y los planes para el establecimiento de colo-

nias agrícolas y ganaderas con población mixta, inmigrantes e indios—. La preocupación por la escolarización de los aborígenes va más allá del discurso oficial y queda registrada en una ley de 1885 en la que se obligaba a las familias a escolarizar a todos los niños en edades comprendidas entre los ocho y los doce años. Resulta interesante que cada una de estas medidas y las estrategias para ponerlas en marcha fueron contestadas por individuos e instituciones de la época. Hubo un consenso general respecto a la necesidad de integración, no así sobre los procedimientos para llevarla a cabo. De todo ello y de forma pormenorizada nos ilustra este capítulo. De igual forma que el indio adquiere en este relato una densidad desconocida, la sociedad criolla también aparece retratada en su ambigüedad y en sus dudas y esta recuperación de las contradicciones y de los claro-oscuros de unos y otros es otro de los aciertos, el tercero, de este libro.

Pero, después de esta deconstrucción de los lugares tradicionales de los protagonistas en el relato histórico de la integración nacional, ¿cómo se llevó a cabo?, ¿qué procesos se instrumentaron para que comunidades indígenas, los indios, fueran integrados en la construcción nacional? La doctora Quijada habla de dos procesos: la «integración jerarquizada» y la «invisibilización del indio». En el caso argentino, los indios, portadores de diferencias, fueron

integrados en la nación utilizando el principio de inferiorización por el que se incorporaban a la sociedad mediante su adscripción a los sectores más bajos de la pirámide social. En un primer momento, el indio aparece en el discurso nacional como el ancestro, habitante originario del territorio. Pero décadas después este recurso se hace más oscuro y desaparece ante la presencia de grandes contingentes migratorios que no han estado ligados históricamente al territorio. Si el mecanismo que legitimaba la integración del indio en la nueva sociedad era su presencia originaria en el territorio nacional, ¿cómo apelar a esa imagen cuando mayoritariamente la población a integrar había nacido fuera de sus fronteras? A partir de ese momento el indio invisibiliza y las élites apelan, han de apelar, a un mito de origen utópico, el de ser una nación blanca y de cultura europea. Desde entonces la nación no se define «por lo que fue», sino «por lo que quiere ser», por un ideal a construir entre todos los grupos culturales y humanos. La reconstrucción de ese proceso y la modelización de los mecanismos y estrategias de integración del indio es, sin duda, el cuarto acierto del trabajo de la doctora Quijada.

Si los indios abandonan el poco agraciado lugar de las víctimas y las élites criollas el banquillo de los acusados, los negros adquieren en este texto un protagonismo especial que sor-

prende. Durante décadas en la Argentina los manuales escolares registraban la presencia de indios, negros y criollos en las gestas de independencia. Generaciones de argentinos se han educado en la convicción de que en los orígenes el país contó con grupos importantes de población india y negra. Pero a partir de la llegada de inmigrantes, los indios y los negros hacen «mutis por el foro» y desaparecen de la historia patria y de la memoria colectiva. En el caso de los indios, al menos, las campañas del general Roca se presentan como el punto de inflexión, el «principio del fin» de la presencia indígena en la República. El mito del exterminio sigue vigente y aunque sea un mito parece que la mera necesidad de generarlo otorga al indio un estatuto diferente que el del negro, que desaparece del imaginario sin aviso.

De la suerte corrida por los negros en el Río de la Plata se ocupa Carmen Bernand, quien señala que en 1810 había un 27,7 por 100 de población negra, frente al 1,4 por 100 de la población indígena y mestiza; y éste es el quinto acierto de este libro. La situación de los esclavos urbanos en la época colonial era de por sí bastante singular y sorprendía a los viajeros por las fluidas relaciones que mantenían, en muchos casos, con sus amos, así como por la existencia de tribunales especiales ante quienes podía denunciar abusos y maltratos. Esta «esclavitud benigna» se ha-

cía notar en la forma de vestir, en la costumbre del mate entre amos y sirvientes... La población negra va desapareciendo en torno a dos procesos: las guerras y el mestizaje. En el primer caso, su participación en las campañas militares como forma de ascenso e integración social produce numerosas bajas. El mestizaje también consigue que el grueso de la población negra se vaya difuminando y que, paulatinamente, vaya integrándose y perdiendo sus referentes africanos para sumirlos de la nueva nación. Así, las antiguas sociedades étnicas desaparecen y dejan paso a sociedades con nuevos nombres: de la Raza Africana a El Proletariado o La Fraternal. De este grupo humano quedan algunos vestigios en el lenguaje y en la música. En el siglo XIX los negros participan en el movimiento revolucionario de Rosas y quedan legados a su figura. Cuando en la década de los años 40 Perón apele a los migrantes provincianos, éstos recibirán el nombre de «cabecitas negras» en clara alusión a los negros que pelearon con el caudillo federal. El origen del tango parece estar en las «academias de baile» de los negros rioplatenses.

Por su parte, Schneider bucea en las formas de integración de la población inmigrante y elabora una tipología para la construcción de la diferencia en la Argentina moderna, siendo esta última aportación otro de los aciertos, el sexto, del libro. Su grupo de estudio lo constituyen

los italianos, por ser el contingente más numeroso. En este caso se repiten las fórmulas vistas con anterioridad. Los inmigrantes son incorporados apelando a esa instancia mayor, a esa utopía que queda dibujada en el deseo de ser una nación blanca de cultura europea.

Para finalizar, en el último capítulo, la doctora Quijada, partiendo de los tres casos empíricos plantea un concepto capital para entender la forma que adoptó el proceso de integración cultural en la construcción nacional argentina. Ella habla de «alquimia de la tierra» y la define como «el proceso de incorporación, agregación y modificación de elementos, donde las partes (individuos, grupos, tradiciones) interactúan sin que eso implique una fusión de los componentes, pero reflejándose en una totalidad, sin fronteras internas, que se resuelve en el nivel del imaginario colectivo». No se me ocurre una definición más precisa del proceso de integración en la Argentina que, al tiempo, deja clara la distancia respecto al modelo asimilacionista y pone en tela de juicio las acepciones más comunes que entienden por homogeneidad la erradicación de toda diferencia.

Un libro muy necesario en los tiempos que corren y que muestra cómo nuevas preguntas y una nueva mirada pueden recrear y descubrir nuevos y esperanzadores universos.

MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA